

CULTURA

71º FESTIVAL DE CANNES



El cineasta polaco Pawel Pawlikowski, ayer en Cannes. / CLEMENS BILAN (EFE)

Otra joya del autor de 'Ida'

Carlos Boyero

Incluso en sus ediciones más fatigosas tenías la certeza de que el festival de Cannes siempre guardaba varios ases en la manga, que no te irías de aquí sin ver algunas películas extraordinarias, de directores consagrados o de otros que se iniciaban en el cine con un talento fuera de lo común. Cannes tiene el privilegio de poder escoger lo más selecto del mercado. Esa tradición se rompió el año pasado con una programación en la que casi todo era insalvable, si aplicamos un criterio piadoso.

No sé lo que nos deparará este año, pero acabo de gozar con una película memorable: *Guerra fría*, del polaco Pawel Pawlikowski. ¿Que quién es este tipo? Pues nada menos que el director de *Ida*, una de las cosas más insólitas y hermosas que le han ocurrido al cine en los últimos años. En ella utilizaba una estética prodigiosa, imágenes en blanco y negro que se quedaban en la retina y narraba la historia de una novicia que sale para descubrir los horrores del pasado que padeció su desaparecida familia. También para deci-

Pawlikowski filma con romanticismo y dureza el amor de una pareja imposible

dir si prefiere lo terrenal, con los problemas que acarrea, o volver al enclaustramiento. Cinco años después, este director confirma con *Guerra fría* que es uno de los grandes y escasos creadores de nuestro tiempo. Solo necesita hora y media para contar con belleza, profundidad, sentimiento, sutileza, romanticismo y dureza el amor de una pareja imposible por decreto de las circunstancias a lo largo de una década.

Transcurre en Polonia y París de finales de los cuarenta al estertor de los cincuenta. La protagonista es un director musical y rastreador de talentos entre la música popular y una mujer singular a la que ha descubierto. Se supone que el folclore debe estar al servicio del pueblo, de la causa proletaria y del padre Stalin. Se imponen el exilio a París, las separaciones y los reencuentros, el ni contigo ni sin ti, la supervivencia

a alto precio emocional, la aparición de otras personas, la desesperada certidumbre de que la única solución para no separarse más solo puede ser trágica.

No se habla mucho, pero las imágenes describen infinitas y hondas sensaciones. Y esas imágenes tan bellas jamás son artificiosas, relamidas o gratuitas. Miradas, gestos y silencios están impregnados de autenticidad, hablan de lo que ocurre en el corazón y en la cabeza de esos personajes, también del lastre que les supone el entorno. Y te contagia su alegría, su miedo, su aturdimiento, su deseo, su pena, sus celos, su coraje final. Me llegan rumores de que Pawlikowski quiere filmar la adaptación de una obra maestra del escritor Emmanuel Carrère, *Limónov*. Y me ilusiono pensando en lo que puede hacer con el succulento material de esa novela, con ese personaje tan volcánico como fascinante.

Tras haber disfrutado tanto, me resulta cansino tener que citar la vacuidad y la afectada tontería de la francesa *Paire, aimer et courir vite*, de Christophe Honoré, centrada en las relaciones de un grupo de homosexuales en los noventa, cuando el sida vivía su macabro esplendor.

El día en que se paró el festival de Cannes

Los directores Truffaut, Polanski y Malle cerraron hace 50 años el certamen en solidaridad con las protestas de Mayo del 68

GREGORIO BELINCHÓN, Cannes
ENVIADO ESPECIAL

Sábado, 18 de mayo de 1968. A las 10 de la mañana, en una rueda de prensa en el viejo palai de la Croisette, Jean-Luc Godard y François Truffaut encabezan a un nutrido número de representantes del nuevo cine francés. Piden que cese el festival de Cannes, ya que en el resto de Francia hay manifestaciones de estudiantes y obreros, revueltas callejeras, y en una hora pararán las fábricas. Los trenes ya no circulan. "El metro y los autobuses serán los siguientes. Por eso, que continúe el certamen es ridículo", dice Truffaut. Godard es más duro: "Nosotros hablamos de solidaridad con estudiantes y trabajadores, y vosotros de primeros planos o tiros de cámara. Sois unos gilipollas". No están solos. Forman parte del Comité en Defensa de la Cinemateca que se creó en febrero para mantener a Henri Langlois como director de la filmoteca. Con ellos aparecen Berri, Claude Lelouch, Jean-Claude Carrière, Milos Forman, la actriz Macha Méril y se les unen Roman Polanski y Louis Malle, miembros del jurado.

La situación se complica por horas. Malle, Polanski, Monica Vitti y Terence Young renuncian a ser jurados. El recientemente fallecido Milos Forman saca de la competición *¡Al fuego, bombas!*. El director del certamen, Robert Favre Le Bret, asegura: "Clausuraremos el festival mañana al mediodía". Solo queda por tanto una proyección, *Peppermint Frappé*, de Carlos Saura.

Pero Saura, acompañado de su pareja y protagonista de la película, Geraldine Chaplin, tampoco quiere que se vea su filme. Aun así, comienza la proyección, Saura y Chaplin se cuegan del telón para que no se abra, la cortina se rasga. El cineasta ha declinado hablar para EL PAÍS sobre aquellas jornadas.

Al día siguiente, Cannes 1968 acabó abruptamente por orden de sus responsables, y se castigó a Truffaut, al que la organización declara persona non grata (no Lars von Trier no ha sido el primero en soportar tal honor). Aún quedaban cinco días de proyecciones y solo se vieron 11 de los 28 largometrajes en competición. No hubo palmarés.

Solidaridad con el pueblo

Con el tiempo, Truffaut reconoció que podía haber manejado la situación mejor, "pero con Francia absolutamente parada, aquello era ridículo". Y no se arrepintió de aquel arrebato de solidaridad con los manifestantes. Que también reflexionó sobre lo acontecimientos fue Polanski "Ni Sharon [Tate, su musa esposa] ni yo intuimos la inminencia de la revolución", cuenta en *Memorias*. "Me parecía absurdo interrumpir un festival por un mero hecho de ser un símbolo elitista y capitalista". Cuenta que Vitti dudó y que Young explicó que lo hacía en solidaridad con los técnicos franceses. "El público en general, al que decían re-presentar, ni se había enterado de ahí la turbamulta de la proyección de *Peppermint Frappé*". "Ei miembro soviético del jurado, el poeta Vsevolod Rozhdestvenski consideró tan atroz la idea de anular el festival que incluso se negó a asistir a la reunión de emergencia del jurado". Para el polaco, "Truffaut, Lelouch o Godard eran gatitos jugando a ser revolucionarios, y yo procedía de un país donde esas cosas ocurrían de forma muy seria".

En 2008 se proyectó por fin *Peppermint Frappé*. Saura no actuó en Cannes por una neumonía fue su hijo Antonio Saura. "Es la única vez que he visto a mi padrino", recuerda el productor. Al menos *Peppermint Frappé* se vio enteramente.

QUEMAR DESPUÉS DE LEER

Laura Fernández

David Foster Wallace era un monstruo

Mary Karr recuerda al biógrafo del escritor que éste estuvo a punto de matarla

Una vez estuve con Harlan Coben en Nueva York. No es algo que todo el mundo sepa pero Harlan Coben compartió habitación en la Universidad con David Foster Wallace. Me dijo que Wallace lo envidiaba. "Me envidiaba", me dijo. ¿Por qué?, quise saber. "Porque yo podía acabar mis novelas. Él no. 'Haces que parezca tan sencillo', me dijo. Yo le dije que si alguien tenía que envidiar a alguien allí ese alguien era yo". Tiempo después, D. T. Max publicó su famosa biografía de David Foster Wallace, *Todas las historias de amor son historias de fantasmas*, y me sorprendió no encontrar ni una sola referencia a ese asunto, por otro lado, de lo más evidente en la narrativa del genio posmoderno.

El año 1993, Emmanuel Carrère publicó un ensayo dedicado a Philip K. Dick que, como más tarde confesaría en *El reino*, tenía más de autoficción compasiva que de biografía. Pero el mundo creyó que el Philip K. Dick que retrataba era el que fue. Un tipo

só a su tercera mujer en un psiquiátrico porque, simplemente, era algo que podía hacerse a principios de los sesenta. Y aunque luego, como ocurrió, fueses a verla al psiquiátrico y le dijese que el que debía estar dentro eras tú, nadie moviera un dedo por ella. Anne R. Dick contó en sus memorias todo lo que a Carrère no le pareció conveniente contar. En su caso, el perdón por el descuido está oculto en *El reino*, pero ¿qué pasa con Max?

Mientras escribía la biografía de Foster Wallace, Max recibió las cartas que el autor de *La broma infinita* le envió a Mary Karr pidiéndole perdón. Le pedía perdón por casi haber estado a punto de matarla. Por haber seguido a su hijo de cinco años del colegio a casa. Por intentar comprar una pistola para acabar con su marido cuando aún estaba casada. Le pedía perdón por haber trepado al tejado de casa para asustarla, por haberla llamado sin descanso —cambió el número

ses. ¿Qué hizo Max con todas esas cartas? Las convirtió en un par de frases, francamente terroríficas sí, pero un par de frases: "Una noche, Wallace trató de empujar a Karr desde un coche en marcha. Poco después se enfadó tanto con ella que le tiró la mesa dentro a la cabeza".

A raíz del caso de Junot Díaz, Karr ha vuelto a explotar. Le ha recordado a Max que ese par de frases apenas representan el 2% de todo lo que sufrió. Y al *New Yorker* cómo miró hacia otro lado entonces cuando ahora no lo ha hecho en el caso de Díaz "Claro, David era blanco", se ha dicho, en tuit que ha puesto en marcha un #MeToo dedicado exclusivamente al escritor. Exalumnas, fans, excompañeras de trabajo. Mujeres con las que David se propuso. Me pregunto cómo se escribe una biografía, y con qué intención. Y si el más indicado para hacerlo es la clase de tipo que ni siquiera sabe que te costaba horrores terminar cua-